

Formas de subjetivación en la posmodernidad

Ma. Guadalupe Reyes Olvera¹

Janis Elizabeth Pacheco Pérez

Marco Antonio Macías L.

Martha Patricia E. Aguilar Medina

Cuerpo Académico: UAQ-CA-74

Psicoanálisis, Clínica y Sociedad.

Facultad de Psicología

Universidad Autónoma de Querétaro

Resumen

En el presente artículo, se diserta sobre la subjetivación en la posmodernidad, apostando por el sujeto y su deseo en distintos escenarios y momentos de vida, es así que el duelo temprano y la declinación del Edipo, la vejez y las mujeres son invocados para mostrar, desde una lectura psicoanalítica, los efectos de las nuevas formas de relación con el Otro y los otros, pese a ello, la apuesta por el sujeto pone sobre la mesa las cartas: el deseo, el error, la falta, la muerte.

Palabras clave: Posmodernidad, subjetivación, sujeto, deseo.

Abstract

The present article discourses about subjectification in postmodernism, betting for the subject and its desire in different sceneries and moments of life. Thus the early duel and Oedipus declination, old age, and women are cited to show, from a psychoanalytic reading, the effects of the new forms of relation with the Other and the others. Despite this, the betting for the subject puts the cards on the table: desire, error, lack, death.

Keywords: Postmodernism, subjectificatium, subject, desire.

Una apuesta por el sujeto

En nuestra época, las percepciones, intuiciones, reflexiones, investigaciones, estudios, revisitaciones y el ejercicio de la práctica analítica sobre

¹ Correspondencia: glureyes@hotmail.com

el lugar del sujeto en la posmodernidad, se han ido configurando hasta ocupar un lugar que bien puede insertarse en la complejidad. Para aproximarnos al término *complejidad* y lo que podremos colegir de él para lo que aquí nos ocupa, el sujeto, retomemos una de sus definiciones:

Una rápida mirada por sobre la información cotidiana que los periódicos muestran, permite observar que la mayoría de los problemas globales y a la vez vitales y cotidianos, no sólo se caracterizan por ser "enormes" (fuera de normas conocidas) sino también, por sus escalas irreductibles a sus partes constitutivas. Pero la característica más importante de estos problemas es que revelan la interconexión de distintas dimensiones de lo real y que a su vez, se revelan en toda su complejidad. Complejidad significa aquí, la emergencia de procesos, hechos u objetos multidimensionales, multirreferenciales, interactivos (retroactivos y recursivos) y con componentes de aleatoriedad, azar e indeterminación, que conforman en su aprehensión grados irreductibles de incertidumbre. Por lo tanto un fenómeno complejo exige de parte del sujeto una estrategia de pensamiento, a la vez reflexiva, no reductiva, polifónica y no totalitaria/totalizante².

Se trata de un planteamiento con el que podemos acordar en tanto que hace una operación de abrochadura de un sinnúmero de factores que implican el campo del conocimiento y la existencia, en un tejido de diversos órdenes de universos: desde el macro y microcosmos, el social (y las ahora todas sus ingenierías lo ciber, gadgets, etc), el político, el psíquico...

Todo ello, exige de parte del sujeto una estrategia del pensamiento y es justamente en este punto donde podemos detenernos para reflexionar en ello desde el psicoanálisis.

Si el sujeto del psicoanálisis es el sujeto del inconsciente, aquel que sólo tiene posibilidades de captarse por el decurso y tramitación de la vía sintomática o de alguna de sus formaciones psíquicas de manera que un sujeto advertido de su incompletud, de su falta y de su deseo, sólo podrá captarse en un lapsus, un sueño, un error, una equivocación, una opera-

²Definición de la Complejidad tomada de los trabajos del Instituto Internacional para el pensamiento complejo (IIPC, 2011).

ción fallida, un tropiezo, en un fracaso; en muchas ocasiones en un acto o *timing* de captación devenido del instante, de la insignificancia, verbigracia, “*Diga lo que se le ocurra, no importa si es muy nimio o sin importancia*”, o del destello iluminante del insight, luego entonces, en el terreno de la incertidumbre, de la angustia, del vacío y de la nada que se tornan cada vez más acuciantes en la complejidad de la posmodernidad a todo nivel, podemos preguntarnos no sólo por el sujeto sino también por sus vías y sus formas y figuras de captación... inesperadas.

¿Cómo hacer propicia esta captación inesperada? En la globalidad, el capitalismo salvaje, el ultraneoliberalismo, el ecosidio, en la repelencia del otro y más grave aún al desamparo del otro, el bombardeo tecnológico así como la tecnociencia, la política distorsionada y todas sus agravantes, figuras todas ellas de las diversas dimensiones de lo real que confluyen en las nuevas formas a veces llamadas locuras actuales de la subjetividad o nuevas formas de subjetivación, el riesgo que se corre es que el salvajismo de la selva, no nos deje ver al árbol, la flor y mucho menos la pequeña hojita que vuela sin rumbo en el viento.

Se ha hablado por múltiples autores de lo esquizo, el hipernarcisismo, la autoreferencia, de ese movimiento de repliegue de lo psíquico hacia un cuerpo que grita como vía privilegiada de expresión. Y tal vez, es allí, en todo ello, en donde debemos de situarnos.

En estas subjetivaciones, también encontramos lapsus, sueños, errores, equivocaciones, operaciones fallidas, tropiezos, fracasos, todo lo que las engañosas posmodernas quieren ignorar y aún forcluir lo cual en muchas ocasiones logra el éxito, y peor aún, nos empaña la mirada.

La apuesta por el sujeto, planteamiento de este breve escrito, es justamente sobre la operación de desempañar la mirada para volver a poner en el centro los lapsus, los sueños, los errores..., por más que tomen la vía esquiza, autorreferencial, hiperconsumista o hiper ciber; en todo ello el sujeto puede verse perdido y a la deriva; pero en todas ellas también hay fracasos y errores. O, ¿nadie ha tenido un lapsus en un correo electrónico por ejemplo? o ¿se ha comprado un aparato que no quería?, o ¿sobredimensionó sus posibilidades y fracasó? ¿No es en este trazado donde podríamos insertar miles de preguntas más de este orden?

Las nuevas formas y figuras de la posmodernidad también nos compelen y obligan a redirigir una mirada y una escucha que siga haciendo

posible la operación de un sujeto que se siga captando en un punto inesperado. Esto, en un tiempo donde las formas y figuras clásicas y tradicionales cada vez se alejan más, y sin embargo, su esencia y su sustancia devienen de una cultura milenaria a la que las nuevas formas y figuras no le pueden dar carpetazo. Ello se demuestra y se seguirá demostrando mientras haya un sujeto con posibilidades de captar algo de sí; mientras los trabajadores *psi*, nos empeñemos en enfocar y reenfocar la mirada y la escucha y nos empeñemos en elaboraciones teóricas aún inciertas devenidas de las múltiples dimensiones de lo real, que permitan una estrategia de pensamiento, de reflexión, de hallazgo de un buen azar.

Posmodernidad y subjetivación del duelo en el niño latente

El siglo XX fue considerado como el siglo del niño, así lo define Buena-ventura Delgado (2000) y es posible decir que en este siglo XXI, las leyes del siglo pasado que benefician y protegen a los niños siguen vigentes. Actualmente, bien pudiera considerarse al niño como un Rey debido a los privilegios que la legislación le otorga. Asimismo, el legado cultural que los padres tienen para transmitir al niño ya no es suficiente para educarlo, de manera que se requiere de mediadores para esta tarea: pediatras, legistas, educadores, entre otros, quienes dictan el deber ser y los saberes necesarios para la educación de los niños. Estos establecen el “modelo sano” de educación en un hipotético mundo feliz, el cual está determinado por los patrones de comportamiento del capitalismo actual y sustituyen roles que desempeñaban los padres.

No se pueden negar las virtudes que algunas leyes han tenido para beneficio de los niños, pero tampoco se puede hacer oídos sordos a las consecuencias subjetivas que los principios de la economía que representan han suscitado tanto en los niños como en los padres. La exigencia de la economía capitalista orilla a que ambos padres trabajen cada vez más horas al día, teniendo que dejar en otras manos a sus hijos desde edades muy tempranas.

Es innegable la importancia que tienen las estancias infantiles como un espacio donde disminuye la vulnerabilidad de los niños ante la ausencia parental.

No obstante, no se pueden dejar de considerar las posibles repercusiones subjetivas que puede ocasionar en algunos niños, el hecho de ser

llevados a las estancias infantiles desde edades muy tempranas, dado que con esta separación abrupta, que se efectúa particularmente con los más pequeños, se rompe algo más que una posible dependencia alimenticia; también se trastoca una condición cultural y subjetiva.

El niño pequeño, ocupa, en el mejor de los casos, un lugar privilegiado para los padres, un lugar fálico que fue denominado por Freud como “su majestad el bebé” (1914/1976, pp. 87-88). Si bien, es fundamental que este sitio decline para que el niño inicie su propio trayecto más allá del preestablecido por los padres, la separación abrupta provocada por las condiciones de la sociedad, puede inaugurar un duelo como reacción tanto a las pérdidas subjetivas como físicas que la actual economía propicia.

Para algunos niños del sector urbano (y en ocasiones también del rural)³, la declinación de “su majestad el bebé” y del complejo de Edipo, están mediadas de manera significativa por los actores sociales en turno que hoy en día forman parte de la “posmodernidad”. La participación de los actuales actores sociales en la declinación del complejo de Edipo puede inaugurar un duelo en el niño desde edades muy tempranas.

Así, el niño Rey desde muy pequeño deja de reinar en su propio hogar, y tanto los padres como los niños viven como un total antagonismo las consecuencias de esta contradicción, pues ante los ojos de la sociedad occidental, el niño debe tener toda serie de privilegios; educación formal, salud, respeto, amor y horas de esparcimiento. Al niño no debe faltarle “nada” porque es el futuro de la nación, ¿pero cuál es el futuro que le espera al niño cuando su país se está resquebrajando?

Ya sea por el anhelo de coincidir con los derechos del niño que esta sociedad demanda, o por la sola necesidad de subsistir, cada vez con mayor frecuencia, ambos padres trabajan todo el día. Para muchos la jornada de 40 horas semanales que antaño fue todo un logro laboral, es actualmente solo un bello sueño y los niños, quienes al crecer ya no pueden ser guardados en las estancias infantiles, asisten a las escuelas de educación básica.

³ Algunos padres tienen que emigrar de sus comunidades de origen en busca de mejores oportunidades de trabajo, lo que los obliga a dejar a sus niños desde edades muy tempranas.

En este tenor, el horario escolar de los niños, difícilmente coincide con el que tienen los padres de éstos en sus trabajos, por lo que en muchas ocasiones los niños, al salir de clases, se acompañan por las nodrizas del siglo XXI: televisión, videojuegos, computadoras (con su comunicación virtual), celulares, Ipod, etc. “*cuidan*” hoy a los niños, enseñándoles uno de sus principios fundamentales de la economía capitalista: el consumismo y la sustitución de casi todo lo que se puede obtener en el mercado (por ejemplo, las nuevas tecnologías utilizadas en el hogar), tapan-do así la soledad y la falta por ésta impuesta.

Es cada vez más frecuente que los niños de las zonas urbanas, quieran sustituir sus aparatos de entretenimiento por tecnologías más modernas. Para mantenerse al día es fundamental sustituir lo que se tiene por algo más moderno. Son innegables los beneficios que tiene la tecnología moderna y actualmente, la comunicación adquiere nuevas connotaciones. Sin embargo, la misma tecnología que acorta distancias y posibilita co-nocimientos en otros tiempos insospechados, en ocasiones genera apatía para que los niños se interesen por establecer una comunicación perso-nal con la gente que les rodea, situación que se ve evidenciada con la utilización cada vez más frecuente de los audífonos en los niños ¿qué mejor manera para evadir aspectos del entorno que les rodea?

La tendencia a la sustitución que crea la actual economía capitalista, genera la falacia de que es posible reemplazar y obtener casi todo lo que se desee. Hace 40 ó 50 años algunos padres del medio urbano compart-ían su tiempo con sus hijos. Hoy es suplido, por ejemplo, por la televi-sión, ya que algunos progenitores con el afán de que a sus hijos “*no les falte nada*” llegan a trabajar horas extras dejando a sus hijos con ésta nodriza, sin advertir en ocasiones que, en rigor, la falta de algo, la caren-cia, se padece siempre de un modo o de otro. Nadie puede darlo todo.

En esencia, el deseo no tiene objeto. El deseo es el motor que nos mueve en la vida y sin embargo nunca se colma. Si el sujeto desea es porque le falta algo. La falta nos constituye como sujetos; ésta hace posi-ble la comunicación entre los seres humanos, la cultura y hasta la ilusión del amor. La persona que busca su satisfacción con la obtención de una mercancía, descubre decepcionado que no es eso lo que busca y se vuelve a relanzar en la demanda de otro objeto de consumo.

Los objetos de consumo no colman el deseo. Sin embargo, actualmente, el mercado fabrica productos para todas las edades, gustos y estratos sociales, mismos que son puestos a la venta con el artificio de colmar cualquier deseo y obturar⁴ cualquier falta. Ante este mundo de “posibilidades” y obturaciones de la falta, los educadores ven con asombro la aparición de comportamientos en los niños, a los que nombran como “trastornos de conducta”, y exigen a los padres con frecuencia que lleven a sus hijos con el psicólogo, pues consideran que esta conducta les impide desempeñarse “óptimamente”. Entre dichos trastornos se pueden mencionar; desinterés por los contenidos curriculares y apatía, agresión a los compañeros, falta de respeto a las autoridades, inquietud excesiva, trastornos alimenticios, etc.

Los padres acuden con el “especialista” en numerables ocasiones presionados por la institución educativa y en escasas, realmente preocupados por lo que ellos (los padres) “*pueden estar haciendo mal*” para que sus hijos no correspondan con los estereotipos de este “*mundo feliz*”. Así, esperan que los psicólogos, como parte del engranaje social, compongan a sus hijos o les digan cómo educarlos, para obturar nuevamente la falta que parece asomarse en el síntoma de su hijo.

Ni la institución ni los padres parecen entrever que algunos niños evidencian con estos síntomas el probable tránsito de un duelo; niños que fueron nombrados por Freud como latentes.

Hay que mencionar que la familia, considerada en la sociedad occidental como la base institucional de la sociedad, actualmente ha perdido fuerza como una de las instituciones formadoras de los valores sociales, y tanto padres como hijos, buscan fuera de ella los nuevos referentes a seguir. Es así como el mercado se está constituyendo en la “gran referencia social” (Dufour, 2007b) la cual ofrece la satisfacción inmediata de los deseos.

Los cambios tecnológicos recientes y el modelo económico afectan la familia; inciden en la subjetivación de cada uno de sus miembros y de

⁴ El sentido del vocablo obturar en este apartado, es utilizado en su acepción de tapar.

forma específica en los niños denominados por Freud como *latentes* (Dufour, 2007a)⁵.

Con base en el supuesto anterior, consideramos que actualmente existen dos grupos de factores, sociales por un lado, y singulares por el otro, que trazan modalidades distintas de declinación del Edipo y de tránsito por el duelo de los niños en la latencia. Si se toma en cuenta ésta combinación de factores, es posible considerar que el capitalismo actual propicia una forma distinta de tratar con el duelo.

Acerca de la vejez y la muerte

En la segunda hora de la clase del 20 de enero de 1982 que dicta Foucault, en su curso sobre *La hermenéutica del sujeto*, habrá de presentarnos algunos aspectos cruciales de la Grecia Antigua en relación con la vejez y la meditación de la muerte, que nos pueden ser de utilidad en estos tiempos del andar de prisa y vivir para el consumo en donde no se recuperan las enseñanzas, experiencias y tradiciones de nuestros viejos.

El circular la palabra mediante la anécdota está siendo cada vez más acallada por los medicamentos, que tramitan el que ahora a las personas de edad avanzada (sobre todo en las ciudades), cuando no se les mantiene mirando la televisión, quedando al cuidado de la misma como ahora se hace con los niños, se les mantenga quietos, sobre-sedados. Afortunadamente en nuestros poblados, aun se reúnen entre ellos y ellas para circular anécdotas, ya sea en una casa, un comercio, una antigua botica o en una banca de un jardín.

Otro rubro de cercenamiento a nuestra vida, que ahora ya también nuestros viejos padecen, lo es el empequeñecimiento de las casas promovido por nuestro Estado, que considera como vivienda digna los espacios reducidos que ofrece o convalida, que restringen su movilidad a unos cuantos pasos, inhabilitándolos para moverse en la jungla de asfalto donde son arrollados.

La falta de espacios destinados en principio al cuidado de su cuerpo, y esto, desde su niñez y adolescencia, contribuyen a su inhabilitación. Por

⁵ No conozco ningún estudio que tenga como objetivo central indagar las repercusiones subjetivas que la actual economía ha suscitado de forma específica en los denominados latentes, sin embargo, para aproximarse a los cambios que la actual economía ha propiciado en la subjetivación de los seres humanos.

ello los testimonios que recupera Foucault respecto a la práctica espiritual del cuidado de sí, nos permiten hablar de un sesgo, el más elemental, de sobrevivencia, para pasar a hablar de la inquietud de sí y la riqueza que implica vivir en forma digna el otoño e invierno de nuestra vida.

Ahora bien, Foucault habrá de señalarnos que no es que la vejez hubiese sido considerada en la cultura greco-latina tradicional como deseable, pero sí vista como honorable.

Respecto a su valor limitado señala:

En la cultura antigua, la vejez tiene, desde luego, un valor, tradicional y reconocido, pero un valor que en cierto modo es, diría yo, limitado, compensatorio, parcial. La vejez es la sabiduría pero también la debilidad. La vejez es la experiencia adquirida, pero también la incapacidad de ser activo en la vida de todos los días, incluso en la vida política. La vejez permite dar consejos, pero es también un estado de debilidad en el cual se depende de los otros: se les dan consejos, pero siguen siendo los jóvenes quienes defienden la ciudad, quienes, por consiguiente, defienden a los ancianos, y son ellos quienes trabajan para dar a los viejos lo necesario para vivir, etcétera (Foucault, 1982/2006, p.114)

En cuanto al cuidado de sí como una práctica que prepara para acoger la muerte con una vida realizada, Foucault nos relata que en la Grecia antigua, la inquietud de sí era una práctica que se ejercía a lo largo de toda la vida, pero en especial en la madurez, a partir del momento en que se asumían todas sus dimensiones y efectos, obteniendo la claridad para advertir que la forma más elevada de la inquietud de sí, el momento de su recompensa, estaría en la vejez.

La importancia que no podemos desconocer de estos preceptos griegos, es que en esa aproximación continua a la práctica del saber, da para apreciar y cursar la vida de tal forma que no sólo se trate de gastar los zapatos, así como el poder realizar lo necesario, para que la vejez no se transforme en una nostalgia, pues no hay nostalgia peor, que añorar lo que nunca sucedió.

Foucault, comenta que los griegos planteaban una espiritualidad cuya práctica acerca a la verdad, procura la verdad, y no el vivir por el vivir.

Práctica que ayudará a vivir para ser viejos, en donde se hallará la tranquilidad, el abrigo y el goce de sí.

Vejez que uno se fabrica y en la que uno se ejercita. De ahí la propuesta ética, en relación con nuestra propia vida, de ponernos en una situación tal, que la vivamos como si ya hubiera culminado.

De las cartas de Séneca a Lucilio, Foucault extrae los siguientes preceptos:

[...] es necesario que en cada momento, aunque seamos jóvenes, aunque estemos en la adultez, aunque aún estemos en plena actividad, tengamos, con respecto a todo lo que hacemos y todo lo que somos, la actitud, el comportamiento, el desapego y la consumación de alguien que ya haya llegado a la vejez y cumplido su vida. Hay que vivir sin esperar nada más de la vida y, así como el anciano es quien ya no espera nada de su vida, es preciso, aun cuando seamos jóvenes, no aguardar nada de ella. Hay que consumir la vida antes de la muerte (Foucault, 1982/2006, p.117).

El precepto que prevalece entonces, es que uno debe organizar su vida para ser viejo. Esta práctica implica, una meditación sobre la muerte, que es reconocer la actualización de la muerte en nuestra vida.

Señala Foucault:

[...] la forma privilegiada de la meditación de la muerte en los estoicos es, como saben, el ejercicio consistente en considerar que la muerte está aquí, según el esquema de la praemeditatio malorum, y que estamos viviendo nuestro último día. Al respecto hay una carta de Séneca que es interesante, la carta 12. En ella, Séneca se refiere a una especie de especulación, por decirlo de algún modo, de tema bastante general en el pensamiento antiguo desde mucho tiempo atrás, que dice que la vida no es más que una larga jornada, en la cual se distinguen, por supuesto: la mañana, que es la infancia, el mediodía, que es la madurez, y el anochecer, que es la vejez; que un año es también como un día, con la mañana de la primavera y luego la noche del invierno; que cada mes es, asimismo, una suerte de jornada; en suma, que un día, el mero fluir de una única jornada, constituye el modelo de organización del tiempo de una vida, o de los diferentes tiempos, las diferentes duraciones que se organizan en una

vida humana. Pues bien, el ejercicio que Séneca propone a Lucilio en la carta 12 consiste precisamente en vivir la jornada como si en ella transcurriera no sólo todo un mes, todo un año, sino toda la vida. Hay que considerar que cada hora del día que estamos viviendo es como una especie de edad de la vida, de modo que, cuando lleguemos al anochecer de la jornada, también habremos llegado, de alguna manera, al ocaso de la vida, es decir, al momento mismo de morir. De eso se trata el ejercicio del último día. No consiste simplemente en decir: “¡ah, hoy tal vez muera!”; “¡ah, bien podría ser que me sucediera algo fatal e imprevisto!” No, se trata de organizar, de experimentar la jornada, como si cada uno de sus momentos fuera el momento de la gran jornada de la vida, y el último momento del día, el momento postrero de la existencia. Pues bien, si llegamos a vivir nuestra jornada según ese modelo, en el momento en que termine el día cuando nos disponemos a ir a dormir, podremos decir con alegría y una sonrisa en el rostro: “he vivido”. Marco Aurelio escribe: “La perfección moral [teleiotes tou ethous] implica pasar cada día como si fuera el último” (Foucault, 1982/2006, pp. 454-455).

Cabe señalar que este tipo de meditaciones en relación con la muerte, nuevamente nos presentan la posición estoica del control de las pasiones, que da para pensar que se trata de que no haya ningún exceso. Pasada esta práctica por las recomendaciones actuales de la mercadotecnia, sería tanto así como proponerle al viejo que realice lo que uno puede observar en algunos gimnasios: El viejo de 80 años fuerte, que duerme temprano para ir al día siguiente al gimnasio, que come su ensalada de atún, sus almendras, cacahuates y demás gramíneas, nada de cigarro, una copita de alcohol al medio día para “*tonificar*” al cuerpo y con la atención dirigida, a todo lo que la mercadotecnia que está dirigida a cultivar los cuerpos atléticos y saludables le proponga. En su menú, no habrá de faltar todo aquello que contribuya a su salud. Incluidos los necesarios complementos alimenticios, que habrán de darle en lo posible vida eterna y saludable.

Ahora bien, si atendemos al precepto de que no por gastar los zapatos se sabe más de la vida, entonces nos puede ser útil el comentario de Fou-

cault cuando señala que la actualización de la muerte nos propone transfigurar la actualización de nuestra vida. De ahí que se cita a Epicteto, quien nos advierte que la muerte puede alcanzarnos al realizar nuestra ocupación en la jornada del día, y entonces surge la interrogación siguiente: “¿En qué ocupación quieres que te sorprenda?” Y a su vez la propuesta: “Si puede sorprenderte mientras ejerces una ocupación mejor que la presente, ejércela”.

De esta propuesta Foucault señala que se desprende la siguiente conclusión: Si llegamos a considerar que hay una ocupación más bella, moralmente más valiosa a la que podamos estar dedicados en el momento de morir, ésa es la que debemos elegir y por consiguiente tenemos que ponernos en la mejor situación para morir en cualquier instante.

Sobre este precursar la muerte, Tamayo (2001), cita a Heidegger para señalar que el tiempo es inseparable del ser. Puntúa que este autor describe que el momento en cual el *Dasein* asume su vocación más original, es justamente al asumir el ser sí mismo, la vida propia.

Señala:

Para que el Dasein sea sí mismo debe precursar la muerte advenidera, es decir, asumir la finitud, pero sin quedarse en un mero “esperar la muerte” pesimista, sino en base en la comprensión de su finitud, lanzarse a desarrollar verdaderamente sus posibilidades, proyectándose. Y ¿de dónde extrae tales posibilidades? Pues de su sido propio, de su historia personal y social, de su “tradición heredada” (p. 53).

Tamayo habrá de presentarnos de una manera muy precisa y puntual, esta tesis heideggeriana del hombre como un “ser para la muerte” (2001, p.54), enfatizando que no se trata de una tesis pesimista, sino vital, que permite la decisión y la resolución del destino individual, pues da lugar a el vivir la vida propia, inserto en el momento histórico-social.

Esta serie de meditaciones nos acercan a lo que Lacan llegó a plantear de la tesis recién citada, sobre el ‘*ser para la muerte*’, de la cual podría uno concluir la idea de que somos finitos, que la vida no es eterna, y que no se puede estar procrastinando eternamente, aquello que ya se sabe que se tiene que hacer. Por ello decíamos: no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió.

Mujeres y posmodernidad

El feminismo ha fluido, sobre todo, en los últimos años, por el sendero de la ley, y la ciencia, no hay ahí ningún intento de abolirlas, sino de usar las estructuras y los instrumentos ya creados. Las preguntas sobre la desigualdad, la discriminación, la violencia, la marginalidad y la exclusión, de una forma o de otra, ponen a la categoría poder en el centro. El sistema patriarcal y androcéntrico es el blanco de las críticas y de las demandas, sin embargo, la pregunta por el deseo ha sido escasamente abordada desde ese lugar.

De otra parte, me parece que hoy, las preguntas, además de esas que se intentan responder, deben incluir, para no coadyuvar al desastre subjetivo en el que se encuentra el sujeto en la posmodernidad⁶, preguntarnos sobre lo que si posibilitó el patriarcado ¿cuál fue su gran aporte que no sólo el falo, el absolutismo, el fascismo y el capitalismo? Asimismo, preguntar, por ejemplo, qué fue lo que quedó en la declinación del patriarcado, se ha visto que con su caída la violencia, la crueldad, la violación, el desamparo, son aún mayores.

A todas luces las preguntas parecen exigir plantearse desde el lugar del deseo desde un feminismo post-estructuralista, desde lo ilegible de las pulsiones, lo indomeñable del goce, con sus límites y limitaciones hechas palabra y silencio, preguntarse qué imaginario será necesario crear desde la resistencia cotidiana de las mujeres, de lazos lábiles, horizontales, que no han hecho Dioses, Iglesias, Reyes, Estados, Ejércitos, Institución, partidos, fútbol o tauromaquia.

Preguntas formuladas desde un cambio de lugar, al ritmo cadencioso del límite del propio deseo, viendo desvanecerse el dolor, la queja, la súplica.

Hoy se cuenta con diversas versiones de la caída de las grandes figuras del patriarcado, lo cual supone una historia también del lazo social, del inconsciente, de las formas de subjetivación, de erotización, hechas palabra y cuerpo, formulas de sexuación historizada y también estructuralizada pues la diferencia existe, pero existe diferente.

⁶ Inigualmente desplegado por Dany-Robert Dufour en toda su obra.

La humanidad tardó mucho tiempo en crear instituciones, a la par de que el lenguaje iba abstrayéndose, el pensamiento formando sistemas complejos, poniendo distancia de la referencia concreta de los objetos pegados a la realidad sensible. Es así que, se inventaron figuras y formas, que fueron perfeccionándose y nombrándose, así tenemos las creaciones más asombrosas, por la riqueza de sus formulaciones, tales como la religión, la filosofía, la polis, el arte, y la ciencia, y también figuras: tales como la Naturaleza, Dios, el Rey, el Estado, el Proletariado (Dufour, 2002). Si ponemos atención, desde la perspectiva que ahora nos preocupa en torno al ambiente crispado, a los goces infinitos, a la violencia y a la crueldad, podemos decir, por algún costado, que todas esas formas y figuras pudieron tener un fin común, que es el control de la naturaleza rabiosa, el control de las pulsiones o, si se quiere, de las pasiones. La figura de Dios lo muestra con singular claridad, es sorprendente imaginar que en la figura de Dios se puso afuera y lejos, en su extremada grandeza, una racionalidad, así Dios prohibía y amaba desde una determinada racionalidad, por tanto, se le amaba y se le temía, esta figura, además, posibilitaba el lazo y las relaciones entre iguales, debido a que los mandamientos estaban dirigidos a regular las relaciones entre éstos, si bien partían de un principio de amor al propio Dios. Hasta aquí, lo único que queremos señalar es la importancia de las figuras de lo que podemos llamar el Otro⁷ y la creación de los garantes simbólicos por cuanto estos permitieron en su recorrido transhistórico, la civilización y la cultura –en líneas anteriores se aludió cuando se habló de las grandes producciones humanas- esto solo es parte de lo que hemos llamado patriarcado. Pero además, porque en la subjetivación individual, estas figuras tienen efectos en la constitución del sujeto por la intermediación del lenguaje.

Pero tampoco se debe olvidar que acompañando a estas figuras están formaciones sociales muy bien definidas, tales como el ejército, la iglesia, los partidos políticos, éstos integrados en su mayoría por neotenes hombres en construcciones piramidales y jerárquicas. En no pocas ocasiones estas formaciones tuvieron a la cabeza tiranos, amos absolutos y payasos a los que ya no se les cree nada.

⁷ Categoría recuperada por Dufour, particularmente, de la Conferencia que nunca se dictó denominada Los-Nombres-del- Padre y desplegada por Lacan a lo largo de su obra.

Mucha tinta ha corrido en el psicoanálisis para hablar de la declinación del Padre, generalmente el espíritu de esos planteamientos convocan a la añoranza debido a que el acortamiento de la distancia entre ese gran Otro y el sujeto ha producido la grieta más grande en el orden simbólico.

Pero cuando la mirada se dirige a las mujeres siguiendo las huellas de las figuras del Otro en su devenir transhistórico, el problema es otro. A lo largo de la historia las mujeres no han configurado, ni participado en formaciones sociales o instituciones a la manera de los hombres, razones pueden encontrarse en códigos, teologías, cosmovisiones, teorías, normas, leyes y documentos de la más distinta lógica pero más allá de las causas, nos gustaría señalar que este hecho hace del lazo entre mujeres un asunto mucho más de orden horizontal.

En este escenario, de complejidad en las formas de subjetivación, de mutaciones subjetivas sin parangón y del retorno de la colectividad de las formas más abigarradas, sujetas más al orden imaginario que al simbólico, del decaimiento del lazo que mantenía a la sociedad a partir de pactos, figuras, formaciones sociales. En este escenario, ¿en dónde se encuentran las mujeres?

Referencias

- Dufour, D. (2002). *Locura y democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dufour, D. (2007a). *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires: Paidós.
- Dufour, D. (2007b). *Le divin marché, la révolution culturelle libérale*. Paris: Denoël.
- Foucault, M. (1982/2006). *La hermenéutica del sujeto*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1914/1976). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- IIPC (2011). Instituto Internacional para el pensamiento complejo. Complejidad. Vicerrectorado de Investigación y Desarrollo (VRID) de la Universidad del Salvador (USAL), Buenos Aires, Argentina. Recuperado el 8 de febrero de 2011 de: <http://www.complejidad.org/cms/?q=node/3>
- Tamayo, L. (2001). *Del síntoma al acto*. México: Ediciones de la Universidad Autónoma de Querétaro.